

RELEYENDO LAS ESCRITURAS

“La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad”. Libro escrito por el teólogo José Luis Illanes. Décima Edición revisada y actualizada.

28/11/2011

¿De dónde le venía esa certeza, ese convencimiento profundo del valor santificable y santificador del trabajo? El propio Beato Josemaría Escrivá lo ha dicho con claridad: de la luz o inspiración, recibida el 2 de

octubre de 1928, en virtud de la cual vio que debía dedicar su vida entera a promover, entre personas de todas las condiciones sociales, la búsqueda de la santidad en medio del mundo, en el desempeño de la propia tarea u ocupación humana (4) Desde ese instante, la proclamación del sentido cristiano del trabajo fue constante en sus labios (5).

Esa proclamación, por lo demás, estuvo siempre acompañada de una referencia enormemente viva a los textos de la Sagrada Escritura, que constituyen, por eso, una fuente privilegiada de sus enseñanzas sobre el trabajo. „Viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo“: así calificó su Fundador el mensaje que el Opus Dei venía a traer al mundo. La lectura del texto sagrado, hecha siguiendo la inspiración que le movió desde 1928, le permitió, en efecto, al Beato Josemaría descubrir riquezas nuevas, y toda una gama de pasajes

del Viejo y del Nuevo Testamento cobraron especial relieve, atrayendo fuertemente la atención⁶.

„Persuadidos de que el hombre ha sido creado *ut operaretur* (Gn 2,15), para que trabajara, sabemos bien - afirmaba, por ejemplo, en una de sus *cartas* - que el trabajo ordinario es el quicio de nuestra santidad y el medio humano y sobrenatural apto, para que llevemos con nosotros a Cristo y hagamos el bien a todos“⁽⁷⁾. De hecho, el mandato dado por Dios en los comienzos mismos de la historia fue uno de los puntos de referencia preferidos en la predicación del Fundador del Opus Dei: Dios creó al hombre *ut operaretur* , para que trabajara; tal es la voluntad divina desde el inicio, desde antes del pecado; el trabajo no es maldición ni castigo, sino medio y ocasión de participar en el plan de Dios⁽⁸⁾.

El cristiano debe asimilar esa verdad, superar planteamientos restrictivos, aunque hayan alcanzado amplia difusión, al menos en algunos períodos históricos, y adquirir, más allá de experiencias en ocasiones duras, un sentido positivo del trabajo, aprender a redescubrir en él una ley que, siendo divina, eleva y enaltece. „A la vuelta de dos mil años -podía así añadir, aludiendo a ese contexto-, hemos recordado a la humanidad entera que el hombre ha sido creado para trabajar: *homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum* (Jb 5,7), nace el hombre para el trabajo y el ave para volar“ (9).

Las referencias bíblicas podrían multiplicarse. No vamos, como es lógico, a recogerlas todas (10). Hay, no obstante, algunas de las que no podemos prescindir: las que nos recuerdan que la ley divina del trabajo se cumplió plenamente en Cristo, que pasó treinta años

viviendo como uno más en Nazaret, conocido precisamente por su trabajo, siendo sencillamente „el artesano“ y „el hijo del artesano“ (11). Porque esos treinta años de trabajo de Cristo encuentran eco, dan contenido a la vida ordinaria del cristiano.

"No me explico que te llames cristiano y tengas esa vida de vago inútil. -¿Olvidas la vida de trabajo de Cristo?", leemos en *Camino* (12) . Si los textos bíblicos que hablan del trabajo como ley querida por Dios ponen ya de manifiesto su valor santificador -¿qué es santificarse sino cumplir con el querer divino, identificarse con la voluntad de Dios, y por tanto, con Él mismo?- , los que narran la vida de trabajo de Cristo refuerzan esa enseñanza con una claridad y una fuerza superlativas. No es, pues, sorprendente que el Fundador del Opus Dei se haya referido constantemente a los años

de la vida de Cristo con comentarios vibrantes y densos.

Citemos uno, tomado de una meditación pronunciada el día de Navidad de 1963: „Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo. Así vivió Jesús durante seis lustros: *era faber filius* (Mt 13,55), el hijo del

carpintero. Después vendrán los tres años de vida pública, con el clamor de las muchedumbres. La gente se sorprende: ¿quién es este?, ¿dónde ha aprendido tantas cosas? Porque había sido la suya, la vida común del pueblo de su tierra. Era el *faber, filius Mariae* (Mc 6,3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, Y estaba „atrayendo a sí todas las cosas“ (Jn 12,32)” (13).

Desde Jesús, la mirada del Fundador del Opus Dei se dirigió con frecuencia hacia los que rodearon a Cristo: hacia San José, a cuya protección se confió, en lo humano, el Hijo de Dios; hacia los primeros cristianos, aquellos hombres y mujeres que conocieron a Cristo y convivieron con los Apóstoles, y en los que el cristiano corriente de nuestra época, y de cualquier otra, puede encontrar inspiración y modelo (14). Y en todos ellos enseñó

a descubrir un testimonio de trabajo. En San José, una vida „sencilla, normal y ordinaria“, llena de „trabajo cara a Dios“ (15). En San Pedro, pescador por oficio y por afición, que, apenas tenía oportunidad, gustaba de volver a las faenas de la pesca (16). En San Pablo que, cuando se retiró de Atenas y vino a Corinto, se hospedó en casa de Aquila, trabajando „en su compañía, pues eran ambos fabricantes de lanas“ (17); y cuya vida de trabajo le dio autoridad para fustigar, con voz fuerte, la holgazanería (18). En los cristianos de las generaciones inmediatamente sucesivas, sobre cuya actitud queda testimonio gráfico en el primero de los escritos que nos ha dejado la tradición, la *Didaché*, al comentar cómo debe actuarse con los peregrinos: „Si el que llega es un caminante, ayudadle con cuanto podáis; pero no permanecerá entre vosotros más que dos días, o, si hubiera necesidad, tres.

Si quiere establecerse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente. Si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso“(19).

Con la misma fuerza que los primeros cristianos, el Beato Josemaría afirmaba: „El Opus Dei, *operatio Dei*, trabajo de Dios, exige que sus miembros trabajen - *maledictus qui facit opus Domini fraudulenter* (Jr 48,10)”, maldito el que hace la obra del Señor, el trabajo de Dios, fraudulentamente (20). Y en otra ocasión, esta vez en una de sus homilías: „Si alguno de vosotros no amara el trabajo, ¡el que le corresponde!, si no se sintiera auténticamente comprometido en una de las nobles ocupaciones terrenas para santificarla, si careciera de una vocación profesional, no llegaría jamás a calar

en la entraña sobrenatural de la doctrina que expone este sacerdote, precisamente porque le faltaría una condición indispensable: la de ser un trabajador”(21).

Los textos que hemos venido citando y, particularmente, los que traen a la memoria la vida de trabajo de Jesús, ponen de manifiesto la fuerza existencial de la predicación del Beato Josemaría Escrivá. Y sin embargo, con lo dicho aún no hemos llegado a la raíz de la doctrina específica del Opus Dei y de su aportación a la historia de la espiritualidad. Para hacerlo puede resultar útil hacer referencia a una tradición espiritual en la que el trabajo ha ocupado y ocupa un papel importante: la tradición monacal. Baste recordar el lema monástico *ora et labora*, que hermana trabajo y oración (22) o la descripción trazada por Juan Casiano de la vida de los monjes de Egipto, que -dice- „no

dando nunca tregua a su trabajo, jamás ponen fin tampoco a la meditación... Sería prolíjo averiguar si es la meditación lo que les permite consagrarse de lleno al trabajo o si, por el contrario, es el trabajo incesante lo que les depara el progreso en los caminos del espíritu”(23).

Pero ¿qué papel desempeña el trabajo en la espiritualidad monástica? San Atanasio, al narrar la vida de San Antonio Abad, el primer anacoreta, nos ofrece una primera explicación: el abad Antonio -dice- „trabajaba con sus manos, pues había oído: el que no trabaja, que no coma. Con parte del fruto de su trabajo compraba su alimento; el resto lo entregaba a los pobres”(24). Junto a ese primer motivo -doble en realidad: sustentarse y practicar la caridad- los escritores monásticos señalan otro de carácter no ético-social sino ascético, al que atribuyen

también gran importancia: la superación de la ociosidad y sus consecuencias negativas.

Así Juan Casiano, en la obra ya citada, comenta que los monjes se dedican a la tarea que implica el trabajar, de forma que, „además de practicarla con toda su alma para ofrecerla a Dios como sacrificio de sus manos, la ejecutan también escrupulosamente por dos motivos (...). En primer lugar, porque la purificación adquirida en la recitación de los salmos y oraciones no sea contaminada por el enemigo entre sueños (...). La segunda razón es que, aun cuando no haya habido ninguna ilusión vergonzosa por parte del enemigo, el dormir de nuevo, aunque sea con puridad, causa al monje una inercia natural al desvelarse después, sumerge la mente en un sopor indolente que paraliza o, por lo menos, neutraliza sus fuerzas durante el día“(25).

Casiano vuelve sobre estas ideas para completarlas y desarrollarlas cuando describe, en un capítulo posterior - concretamente el décimo-, el vicio de la pereza o acedia: la ausencia de trabajo provoca el descontento, permite que el cuerpo esté dominado por la laxitud, da origen a la impaciencia, al deseo de vagar de un lado para otro, a la inconstancia, al disgusto.

En gran parte de los escritos monásticos de la época, el trabajo es visto fundamentalmente como un medio de combatir esa ociosidad, que es madre de todos los vicios. Y, en consecuencia, como una actividad que se estima no tanto como algo que posee bondad en sí mismo, cuanto, mas bien, como medio ascético. Esta consideración predominantemente instrumental del trabajo -algo que se hace porque es útil, pero sin parar mientes en su propia bondad-, aparece de modo patente en la

conocida historia de Pablo el Ermitaño que, aunque no necesitaba del trabajo ni para el alimento ni para la limosna -se sustentaba con una pequeña huerta y vivía demasiado lejos de cualquier lugar habitado-, se imponía, para no estar ocioso, la tarea de construir cestos. Al final del año, con los cestos formaba un gran montón y los quemaba, reduciéndolos a ceniza (26).

Ciertamente no conviene exagerar esa anécdota ya que, por lo general, la actividad monástica estuvo siempre ligada -tanto en la tradición oriental como en la occidental, especialmente en los contextos benedictino y cisterciense al ambiente que le rodeaba, cumpliendo, también con su trabajo, una función no solo ascética, sino social. Pero el que narraciones como esa, y otras parecidas, se puedan referir a acontecimientos reales y, lo que es más, hayan sido transmitidas

atribuyéndoles valor y categoría de ejemplo, no deja de ser significativo. Recuerdan, en todo caso, que el monje es esencialmente el hombre que sale de su sociedad y de su tierra, abandonando todo aquello entre lo que había vivido antes: en suma, que el ideal de la *fuga a mundo* -del apartamiento del mundo, es decir, del vivir social ordinario- para buscar a Dios y entregarse a Él, domina su espiritualidad, con todo lo que de ahí deriva.

Podemos, teniendo presentes estos datos, recuperar el hilo de nuestro discurso. La espiritualidad del Opus Dei lleva a santificar el trabajo, pero - podemos añadir ahora, terminando así de perfilar lo que esa afirmación implica al emplear aquí la palabra trabajo, no se hace referencia a la mera ocupación de las facultades humanas en una tarea concreta, sino al trabajo como modo de entronque con el mundo y con la sociedad.

Entre otros muchos textos de su Fundador, quizá ninguno tan significativo como el siguiente, tomado de una de sus *Cartas* : „El trabajo para nosotros es dignidad de la vida y un deber impuesto por el Creador, ya que el hombre fue creado *ut operaretur* . El trabajo es un medio con el que el hombre se hace participante de la Creación y, por tanto, no solo es digno, sea el que sea, sino que es un instrumento para conseguir la perfección humana - terrena- y la perfección sobrenatural. Humanamente el trabajo es fuente de progreso, de civilización y de bienestar. Y los cristianos tenemos el deber de construir la ciudad temporal, tanto por un motivo de caridad con todos los hombres como por la propia perfección personal“; y eso -añade- vale para todo trabajo, ya que „no hay en la tierra una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar“(27).

En términos análogos se expresa en otros textos, como en este, proveniente de una homilía: „El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la humanidad. Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: ‘Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra’ (Gn 1,28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como

realidad redimida y redentora: no solo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora“ (28).

En suma, cuando el Fundador del Opus Dei habla del trabajo para señalar sus perspectivas sobrenaturales, se refiere siempre al „trabajo profesional, con todo lo que trae consigo de deberes de estado, de obligaciones y de relaciones sociales“ (29). De ahí que, con gran frecuencia, no emplee solo la palabra trabajo, sino que la acompañe de algún calificativo que precisa su pensamiento. Habla así de „trabajo profesional“, de „trabajo ordinario“, „trabajo en medio del mundo“, etc. Y por trabajo profesional entiende el trabajo visto como forma estable de vida, como aquello que nos procura el sustento, como prolongación de la propia personalidad y concreción de las ilusiones y aptitudes de cada uno,

como modo de realizar la solidaridad que une entre sí a los hombres, como entronque con la sociedad temporal, como actividad cuyas características son dictadas por las estructuras humanas. En una palabra, la vocación humana -el conjunto de circunstancias que rodea la existencia y, con ellas, el carácter, la profesión, las aspiraciones nobles, y todo lo que contribuye a configurar el quehacer de cada persona (30)- es, en el espíritu del Opus Dei, asumida como parte de la vocación divina:

„La vocación profesional es no sólo una parte, sino una parte principal de nuestra vocación sobrenatural“ (31).

Precisamente por eso será condición indispensable para pertenecer al Opus Dei, trabajar, tener una profesión que cualifique a la persona en la sociedad. El Opus Dei -declara su Fundador- exige que sus miembros trabajen, „que tengan una

profesión u oficio determinado - *munus publicum* -, bien conocido por todos, porque el trabajo es para los miembros de la Obra medio de santificación y de apostolado“ (32). No importa qué trabajo sea (33); pero debe haber trabajo, y trabajo estable, ya que, si faltara el trabajo, cualquier tipo de trabajo honrado, faltaría la misma materia que ha de ser santificada: „A cualquiera que excluya un trabajo humano honesto, importante o humilde, afirmando que no puede ser santificador y santificador, podéis decirle con seguridad -son de nuevo palabras del Beato Josemaría- que Dios no le ha llamado a su Obra“ (34).

Dando un paso más en este rápido intento de caracterización, resulta oportuno señalar que las exhortaciones y orientaciones del Fundador del Opus Dei sobre el valor del trabajo profesional a las que acabamos de referirnos se

encuentran fundamentadas, en algunos de los textos ya mencionados y en otros que citaremos a continuación, en una honda consideración del plan divino sobre la Creación y la Salvación. „Hemos de amar el mundo -exclamaba en una homilía de 1967-, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios“ (35). Y más extensamente, en otra homilía de tres años después: „Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el

pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que -por obra del Espíritu Santo- tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum recipere mus* (Ga 4,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rm 6, 4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ef 1,9-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1,20)“ (36).

Nos encontramos, como resulta patente, muy lejos de una consideración meramente ascética (remedio contra el ocio) o simplemente moral (deber de estado)

del trabajo. En la predicación del Beato Josemaría, el trabajo es contemplado teniendo como trasfondo la obra de la creación y entroncándolo con la redención operada por Cristo. De ahí que se revele como realidad santificable y santificadora. Más aún, como anticipación y esbozo de la consumación escatológica, ya que gracias a él puede restablecerse - aunque sea solo de la manera parcial que nos es accesible durante el tiempo presente- esa armonía de la creación de la que disfrutaremos con plenitud al terminar la historia, cuando avengan esos nuevos cielos y esa nueva tierra de que habla el *Apocalipsis* (37).

Notas

4 Sobre esta fecha de 1928, ver A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei* . cit., pp. 288-305, v J. L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928*;

alcance y significado de una fecha , en AAVV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei* , cit., pp. 59-99; una amplia reflexión teológica en A. ARANDA, „*El bullir de la sangre de Cristo*“. *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá* , Madrid 2000, pp. 17 ss. y 81 ss. En relación con esa fecha y, en general, respecto a otros momentos de la vida del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, ver también las diversas semblanzas y biografías publicadas hasta la fecha, como, entre otras, las de A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios* , en AAVV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer* , Pamplona 1976, pp. 15-60; S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei* , Madrid 1976; F. GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei* , Madrid 1984; A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Mons.*

Josenzaría Escrivá de Balaguer , Madrid 1989, y sobre todo -es la más completa de las publicadas hasta ahora- la recién citada de A. Vázquez de Prada.

5 Entre otros posibles ejemplos, citemos un párrafo de sus *Apuntes íntimos* , que data de junio de 1930, y en el que con frases breves, pero incisivas, describe de forma neta y precisa -esculpe, por así decir- los rasgos que definen la realidad espiritual y apostólica que se sabía llamado a promover y a la que, precisamente por esas mismas fechas, había comenzado a designar como Opus Dei, Obra de Dios:
„Simples cristianos. Masa en fermento. Lo nuestro es lo ordinario, con naturalidad. Medio: el trabajo profesional. ¡Todos santos!”,
(Apuntes íntimos, n. 35).

6 En las páginas que siguen no aspiramos a exponer una síntesis de

la doctrina bíblica sobre el trabajo, sino a reseñar algunos textos que evidencian la honda raigambre evangélica de la enseñanza del Beato Josemaría. Una breve síntesis de la doctrina bíblica, con remisión a algunos de los numerosos estudios exegéticos sobre el tema, en J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Pamplona 1997, pp. 16-20.

7 *Carta* 14-II-1950, n. 4.

8 Pueden verse comentarios o referencias a ese texto del Génesis en *Conversaciones*, n. 24, y en *Amigos de Dios*, nn. 57, 81, 169.

9 *Carta* 31-V-1954, n. 17; el texto de Job está citado por la versión de la Vulgata.

10 En uno de sus comentarios a escritos del Fundador del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo ha presentado un florilegio de textos a

los que el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer solía acudir en su predicación oral o escrita, para mostrar el hondo sentido positivo de las enseñanzas bíblicas sobre el trabajo: „(...) las palabras del Salmo 103, en el que de un modo maravilloso se da gloria a Dios por la creación y se le alaba por el orden y la armonía que ha dispuesto en el universo, y por el modo en que todas las criaturas -los montes, los valles, las aguas, los animales- le obedecen: *exhibit homo ad opus situm et ad operationem suam, usque ad vesperum* , saldrá el hombre a trabajar, a sus tareas, hasta la tarde (Sal 103, 23). El hombre debe trabajar, porque este es el querer divino, el orden establecido por el Creador (cfr. Gn 2, 15; 3, 23) repetidas veces: *sex diebus operaberis, septimo cessabis* , trabajarás seis días a la semana, y el séptimo descansarás (Ex 23, 12); *quodcumque lacere potest manus tua, instanter operare* , cuanto

puedas trabajar, hazlo alegremente (Si 9, 10). Nuestro Señor Jesucristo nos dio ejemplo de laboriosidad con sus treinta años de vida oculta, dedicado a su trabajo de carpintero (Me 6, 3). Y siguió trabajando siempre: a los que le perseguían porque también los sábados trabajaba -hacía milagros- replicó: *Pater meus usque modo operatur, et ego operor*, mi Padre trabaja, y por eso trabajo yo también (Jn 5, 17). Jesús condena al que no hace fructificar el talento recibido: *serve rnale et piger*, siervo malo y perezoso, le apostrofa (Mt 25, 26). Maldice la higuera que no da fruto: *iam non amplius in aeternum ex te fructum quisquam manducet... Et, cum mane transirent, viderunt ficum aridam a radicibus. Et recordatus Petrus dixit ei: Rabbi, ecce ficus, cui maledixisti, aruit*: nunca jamás coma ya nadie de ti... Y a la mañana siguiente vieron los discípulos, al pasar, que la higuera se había secado

de raíz. Con lo cual, acordándose Pedro de lo sucedido, le dijo: Maestro, mira cómo la higuera que maldijiste se ha secado (Mc 11,14-21). San Lucas recuerda el mandato del Creador: *sex dies sunt in quibus oportet operari* (13, 14). San Pablo insiste una y, otra vez en la necesidad de trabajar con rectitud de intención: *operamini sicut Domino, et non hominibus*, trabajad como para el Señor, y no para los hombres (Col 3, 23); y exhorta a llevar una vida quieta, laboriosa, de trabajo (cfr. 1 Ts 4, 11, 2 Ts, 3, 10; 2 Ts 3, 12), dando a sus discípulos un ejemplo constante, que le hace exclamationar con santo orgullo: *quae mihi opus erant, et his, qui mecum sunt, ministraverunt manus istae*, he trabajado con mis manos, para lograr lo que era necesario para mí y para los que estaban conmigo (Hch 20, 34). Y así, con su trabajo profesional, (Hch 18, 3), mantiene a sus compañeros, les da doctrina, ejercita su apostolado, y

puede decir lleno de gozo: *nonne opus meum vos estis in Domino ?* ¿Acaso no sois mi trabajo en el Señor? (1 Co 9,1)“. „Son muchas - añade Mons. Del Portillo, encuadrando su enumeración con unas reflexiones encaminadas a poner de manifiesto el sentido y alcance de esas referencias- las citas de la Sagrada Escritura que se pueden aducir en sufragio de la afirmación de que el hombre tiene que trabajar, porque -así lo manda Dios. Y nuestro Fundador sacó la consecuencia: Si cumpliendo la Voluntad de Dios nos hacemos santos, trabajando -en nuestro trabajo ordinario, en el lugar en que nos puso Dios- nosaremos santos también, y podremos llevar a otros por caminos de santidad (...) . La doctrina de nuestro Fundador devuelve al trabajo ordinario su puesto específico en la economía de la creación, y deduce la consecuencia lógica: el trabajo ordinario, hecho

con perfección, porque lo quiere Dios, elevado al orden sobrenatural, es medio de santificación -de perfección cristiana- y, por tanto, de apostolado“ (*Instrucción V-1935/14-IX-1950*, comentario al n. 59).

11 Mc 6, 1-3; Mt 13, 14-56.

12 *Camino* , n. 356.

13 *Es Cristo que pasa* , n. 14. Otros comentarios a los años de trabajo de Jesús en *Conversaciones* , nn. 24 y 70; *Es Cristo que pasa* , nn. 20 y 22, *Amigos de Dios* , nn. 56, 81 y 121. Sobre el texto de Jn 12, 32 y su importancia en la experiencia espiritual y la predicación del Beato Josemaría, volveremos más adelante, en el capítulo III. Sobre los presupuestos teológicos de la ejemplaridad de la totalidad de la vida de Cristo, ver G.

TANZELLANITTI, „*Perfectus Deus, perfectus homo* “. *Reflexiones sobre la ejemplaridad del misterio de la*

Encarnación en las enseñanzas del Beato Josemaría, en „Romana“ 13 (1997) 359-381.

14 De la función que la referencia a los primeros cristianos tiene en el espíritu del Fundador del Opus Dei nos ocuparemos de nuevo en páginas posteriores.

15 *Es Cristo que pasa*, n. 44.

16 Cfr. Jn 21,3; un comentario a este texto en *Amigos de Dios*, n. 264.

17 Hch 18, 1-3.

18 Véase, por ejemplo: Hch 20,34; 1 Co 4,12; 2 Co 11,12; 12,13; Ef 4,28; 1 Ts 4,11; 2 Ts 3,8-10.

19 Didaché o Doctrina de los Doce Apóstoles, 12, 2-4; versión castellana de Daniel Ruiz Bueno en *Los Padres Apostólicos*, Madrid 1956, p. 90.

20 Carta 31-V-1954, n. 18; en párrafo inmediatamente anterior, escribe

„íntimamente ligado a la misma esencia de la espiritualidad propia de los miembros del Opus Dei, está para nosotros el trabajo, el ejercicio de la propia profesión u oficio, elevado o humilde según criterios humanos, porque para Dios la categoría del oficio depende de la categoría sobrenatural del que lo ejercita“.

21 *Amigos de Dios* , n. 58.

22 Sobre el trabajo en la tradición monástica ver R. SORG, *Towards a benedictine Theology of Manual Labor* , Lisle (Illinois, USA) 1951; D. SAVRAMIS, „*Ora et labora*“ bei *Basileos dem Grossen* , en „*Mittelalterliches Jahrbuch* ” 2 (1965) 22-37; A. BENITO, *Los monacatos de San Basilio y San Agustín, su coincidencia en el pensamiento sobre el trabajo corporal* , en „*Augustinus* “ 17 (1972) 357-396; AA.VV., *El trabajo monástico* , „*Yermo* “, 13 (1975), pp. 3-352 (se trata de las actas de la XII

Semana de Estudios Monásticos dedicada a ese tema, celebrada en septiembre de 1971); P. MINARD, *El trabajo en el monacato de vida simple*, en „Yermo“, 14 (1976), pp. 161-175; A. QUACQUARELLI, *Travail. Au temps des Péres* (1er-7e siècles), en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 15, París 1991, cols. 1190-1207, especialmente cols. 1204-1206.

23 JUAN CASIANO, *De institutis coenobiorum*, 2, 14 (ed. M. Petschening en „Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum“, vol. XVII, Viena 1888, p. 29; versión castellana: *Instituciones Cenobíticas*, Ed. Rialp, Colección Neblí, Madrid 1957, p. 7).

24 SAN ATANASIO, *Vida de San Antonio*, 3 (PG 26, 844); en términos análogos se expresan San Agustín, sobre el que remito a mi estudio *Trabajo y vida cristiana en San Agustín*, en „Revista Agustiniana“ 38

(1997) 339-377 (recogido iuego en J. L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo*, cit., pp. 63-91), Y San Benito, *Regula Monasteriorum*, 48, 8 (ed, R. Hanslik, en „*Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*“, vol. 7-5, Viena 1950, p. 116; texto latino y versión castellana en *San Benito. Su vida y su regla*, edición dirigida por García M. Colombas, Madrid 1968, pp. 588-589). Sobre las cuestiones histórico-críticas respecto al origen de la Regla de San Benito pueden encontrarse resúmenes en P. SCHMITZ, *Benoit, Saint*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 1, París 1937, cols. 1372-1388, y L. BOUYER, *La spiritualità dei Padri*, Bolonia 1986, 260-271 (es la edición italiana, actualizada por otros autores, de la segunda parte del original francés *La spiritualité du Nouveau Testament et des Pères*, París 1961), así como en I. M. GÓMEZ, *Regla del maestro-Regla de San Benito*, Zamora 1988, que

ofrece el texto comparado de ambas reglas.

25 *De institutis coenobiorum* , 2, 12 (ed. Hanslik, pp. 28-29; versión castellana, pp. 73-74); véase SAN BENITO, *Regula* , 48, 1 (ed. cit., p. 114; pp. 586-587).

26 Casiano recoge esta historia al final del tratado sobre la pereza (*De institutis coenobiorum* , 10, 24 (ed. citada, pp. 192-219; versión castellana, pp. 370-380).

27 *Carta* 31-V-1954, n. 17.

28 *Es Cristo que pasa* , n. 47; ver también *Conversaciones* , n. 10.

29 *Carta* 31-V-1954, n. 18.

30 Cfr. A. DEL PORTILLO, *Monseñor Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios* , cit., p. 48. Ver también, del mismo autor, y para una determinación del concepto de

trabajo profesional, *Les professions* , en „*La Vie Spirituelle. Supplément* ”, 51 (1959) 440-449.

31 *Carta* 31-V-1954, n. 18.

32 Ibídем.

33 „Vais -decía en una de sus Instrucciones más antiguas- a hacer vuestro apostolado desde los cargos más modestos hasta los más importantes de la sociedad (*Instrucción* 1-IV-1934, n. 24), esbozando un criterio que luego reiteró ampliamente: la posibilidad de encontrar a Cristo y servir a los demás hombres en y desde todas las nobles tareas y profesiones humanas. Ver, entre otros muchos textos, *Conversaciones* , nn. 18, 26, 40, 49 y 56, donde se reafirma a la vez que el impulso a vivir cristianamente la propia profesión constituye el único objetivo de la actividad del Opus Dei, ya que „los fines del Opus Dei son exclusivamente espirituales.

A todos sus miembros, tanto si ejercen una especial influencia social como si no, les pide solo que luchen por vivir una vida plenamente cristiana“ (*Conversaciones*, n. 49).

34 *Carta* 9-I-1932, n. 3.

35 *Es Cristo que pasa*, n. 112.

36 Ibíd., n. 183; ver también *Conversaciones*, n. 70.

37 Cfr. Ap 21,1

Jose Luis Illanes
